

PRECIO EN MADRID.

(No mismo en la Administracion que en las librerías.)
Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 11 »
Por un año... 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Hazera sueltos, 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al Director de GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. 15 reales.
Por seis id... 28 »
Por un año... 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses... 30 »
ULTRAMAR.—Un año... 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, —jueves y domingo.

Administracion y Redaccion, Huertas, 22, pral. 1.º.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIBUJANTES: ORTEGO Y PEREA.

HABLEMOS CLAROS.

¿Se le permite á GIL BLAS hablar una vez en serio?
¿Se le permite dejar por un instante el estilo ligero para usar el estilo duro?

Bien se me puede permitir en gracia de la importancia que tiene lo que hoy me obliga á salirme de mis casillas.

Y como hay cosas que por muy ridículas que sean llega un momento en que ya no basta combatirlas con el ridículo, me veo en la necesidad de ponerme muy serio y denunciar ante el país y ante el Gobierno, lo siguiente:

QUE va á hacer muy pronto seis meses que se derribó la dinastía por inmoral, por torpe y por insufrible, y por la necesidad en que el país se hallaba de que las cosas cambiaran por completo;

QUE lo primero que el país pidió al proclamarse la revolucion fué reformas radicales en todo y por todo;

QUE con el objeto de que estas reformas fueran hechas con la aprobacion y concurso del país, se vió la necesidad de unas Cortes Constituyentes;

QUE estas Cortes Constituyentes tardaron mucho tiempo en convocarse;

QUE una vez convocadas, no han hecho todavía nada importante para el país ni para la revolucion.

Ahora bien; ¿puede una sociedad vivir mucho tiempo sin saber cómo vive?

No; una sociedad necesita saber á qué atenerse.

Seis mortales meses de no hacer nada, solo pueden dar por resultado la reaccion.

Aprovechándose nuestros enemigos de nuestra pereza, desplegarán una actividad que nos puede ser funesta.

Acostumbrado el país á este estado de inseguridad constante, se acostumbrará á ser revoltoso y desconfiado.

Es preciso que los diputados, y el poder ejecutivo, y los ciudadanos todos se convenzan de que vivir de cualquier modo es un modo de vivir desdichadísimo.

No se hace nada; no se resuelve nada; no resulta nada. Y ya es tiempo.

De Cataluña, de Andalucía, de todas las capitales han salido y continúan saliendo para el extranjero las familias acomodadas, decia un periódico hace tres dias.

Esto es verdad, decimos nosotros.

La gente acomodada teme, y con razon, que la pereza constitucional traiga la anarquía pronto, pronto, muy pronto.

Esto no puede seguir así so pena de que esto se lo lleve la trampa.

No hay Constitucion, no hay jefe del Estado, ni presidente, ni nada.

No hay decision para llevar á cabo la obra regeneradora del país.

Se derribó bien, y pronto. No se edifica.

Estamos seguros de que la gente sensata, todo el que sea trabajador, ó tenga negocios ó aspire á vivir tranquilo, piensa como nosotros.

El comercio, la industria, el arte, la literatura, no pueden vivir sino bajo un régimen estable.

Se deplora que haya motines y asonadas. No pue-

de por menos de haberlos, porque el país que no reflexiona, el vulgo que solo ve nombramientos, ó cesantías, ó discusiones de bagatelas, y no ve formarse una Constitucion y resolverse el problema de la forma de gobierno, y observa que el hambre aumenta y el trabajo escasea, ¿qué ha de hacer sino desconfiar de la situacion y del porvenir, y hacer caso del primero que le ofrezca algo en cambio de motines y rebeliones?

El Poder no hace nada útil.
Los diputados parece que no tienen prisa de arreglar esto.

Entre tanto conspiran los carlistas y conspiran los isabelinos, y el porvenir se presenta sombrío, y la Hacienda no tiene un cuarto.

Entre tanto Napoleon obsequia á los emigrados reaccionarios, y visita á la ex-reina de España.

Entre tanto las naciones europeas nos observan y comienzan á desconfiar de nuestra regeneracion.

Falta verdadero patriotismo.

Se habla mucho de la mayoría y de la minoría, y de la historia de este personaje, y de la ambicion de este otro, y del empleo que le han dado á aquel y del bonito discurso que ha hecho el de más allá.

Pero nadie habla del país, y el país está desmayado de cansancio y de desencanto.

Y nadie sabe á dónde vamos á parar.

Triste es todo esto; muy triste y muy doloroso. Mas hay que decirlo, á ver si esa gente se mueve.

Si los diputados no empujan al gobierno y el gobierno no salva á la patria, la salud de esta lleva mal camino.

¿Seis meses! Parece imposible que en seis meses no se haya hecho cosa de provecho.

¿Será cosa de que perdamos la libertad por tercera vez?

No le estrañaria á GIL BLAS que esto sucediera, porque GIL BLAS metido en su casa observa la marcha de los acontecimientos, ve el disgusto que siente el país al ver cómo se defraudan sus esperanzas; tiene noticia de que los enemigos de la libertad confían en que la pesadéz de nuestros hombres políticos dé tiempo para todo; y todas estas cosas le parecen á GIL BLAS las más apropiadas para que todo se lo lleve el demonio.

Hace seis meses sentimos la mayor alegría.

Hoy sentimos ya la pena que da una esperanza perdida.

¿Qué sentiremos mañana?

Acaso alguien lo sepá. Nosotros no lo sabemos, pero al figurárnoslo nos da escalofrío.

¡Ah! ¡Que la falta de actividad es la que tiene á los españoles en cueros!

Dios nos coja confesados. Si el Poder y las Cortes no hacen algo pronto, GIL BLAS piensa coger los bártulos y marcharse de Madrid con viento fresco.

Antes de hacerlo, se atreve á ponerse serio, lo cual le sucede muy pocas veces, y decirles á ministros y diputados:

¡Daos prisa! ¡Daos prisa! ¡Daos prisa!

GIL BLAS.

QUIERO Y NO PUEDO.

Si no me ha inspirado algun espíritu maligno las ideas que me dominan, digo que quiero y no puedo debería ser la divisa del ministerio.

Ya ven que, cuando ménos, les concedo la buena voluntad, que otros más regatones y mezquinos, ni siquiera de esa bella condicion les hacen gracia.

A mí me gustan las cosas con fundamento, como se decia en los sainetes del siglo pasado, y no he de emitir la más leve conjetura sobre el poder ejecutivo, sin que la acompañe con su prueba.

Y sino, prueba al canto.

Digo, pues, el abajo firmado, que no he visto infierno alguno; pero, que si alguno de ellos está empedrado de buenas intenciones, ninguno lleva ventaja al infierno ministerial.

No hay felicidad pública que no desee, ni progreso que no anhele, ni libertad que no ansie ver asegurada, ni accidente del programa revolucionario cuya realizacion no le inspire el más ardiente afecto.

Pero, como está de Dios que el hombre nunca haya de alcanzar en este mundo transitorio ver satisfechas sus aspiraciones, así el desdichado gobierno ve alejarse de sus manos el bien que idolatra, á medida que corre tras él más apresuradamente.

Lo único que han logrado sus individuos, es ser ministros; menguado logro, que es lo que ménos les movió á emprender dos y tres veces épicas hazañas!

Apenas triunfa la revolucion, su primer deseo es gobernar en paz, y por causas superiores á sus nuevas voluntades, se ensangrienta la culta Cádiz.

Trátase de reunir las Cortes á toda prisa, y los dias, las semanas y los meses, traman una conjuracion poderosa contra sus propósitos, conjuracion, que, al fin, es vencida por la energía revolucionaria y el patriótico ardor de los ministros.

Apenas reunido el Congreso, satisfecho el Gobierno de su obra, toma la patriótica, la heroica, la sublime resolucion de dejar el mando; pero el destino fatal, cuya incontrastable fuerza todo lo atropella, atropella tambien sus voluntades, y con asombro suyo y ageno se ven condenados á gobernar el ingobernable pueblo español.

¡Dioses inmortales! ¿Están satisfechas vuestras iras?

No, señoritos; es menester que el poder ejecutivo apure hasta las heces la amarga copa.

Lo cual equivale á decir que deseando inaugurar la nueva era con economías inverosímiles, se ven en el triste, lamentable caso de pedir á la patria nuevos sacrificios en dinero.

En vez de rebajas, empréstitos.

Uno de sus sueños dorados era desestancar la sal y el tabaco; pues bien, uno de sus despertadores ha sido declarar imposible el desestanco.

Uno de sus frenesies era declarar abolidas las quintas, abolicion á la que fiaban una popularidad superior á las siete ú ocho mil popularidades solemnizadas con la minoría en España.

Y la ley inexorable de la contrariedad les persigue hasta el punto de que en vez de proclamar la abolicion, tienen que decretar el sorteo de los mozos.

¡Las quintas! Ellos habian escrito bellísimos programas; habian escrito con su más claro é inteligible carácter de letra: ¡abajo la odiosa contribucion de sangre! y el pueblo ingrato, cómplice de los enemigos del poder, acaba de pagar sin que nadie se lo pidiera, un sangriento cupo anticipado, sin haberlo prometido; de suerte que el poder ejecutivo no sabe qué hacerse con esa sangre que parece brotar ante su paso, quedar impresa donde quiera que deja huella, bañar los objetos á que vuelve la vista....

Terrible tormento debe ser el de un gobierno, que despues de defender las quintas toda su vida, tiene la debilidad de acceder á su abolicion, se arrepiente de su flaqueza inmediatamente, quiere que no las haya, no sabe cómo valerse para disimularlo, y...

Digo que la divisa de ese gobierno debería ser *quiero y no puedo*, y lo que deseo con el alma es que quiera seguir gobernando, á ver si también así le sale al revés.

ROBERTO ROBERT.

## MEMENTO.

(Traducida de F. Ball' Ongaro.)

— *Memento homo*, que polvo fuiste y en polvo luego serás trocado;— así, á la orilla del lecho triste, cual juez que el fallo dicta á un malvado, entona un *padre* con ronco acento; *¡homo, memento!*

Y sobre el lábio donde aun palpita de amante beso la dulce huella; sobre la frente que aun guarda escrita de los recuerdos la historia bella, el signo traza del sufrimiento...

*¡homo, memento!*

¿Quién eres, dime, que al moribundo así apostrofes por sus errores, y como un ángel extraño al mundo le profetizas nuevos dolores cuando al reposo camina lento?...

*¡homo, memento!*

Hombre, y del polvo también naciste, cual yo tus horas contadas tienes, el fin te aguarda de cuanto existe, fueron tu herencia males y bienes, ¿por qué me gritas desde tu asiento

*homo, memento?*

Yo sí que en tono de amarga queja te diré cosas que no has oído; leon se ha vuelto la pobre oveja, del polvo sale do la has hundido y te devuelve tu juramento...

*¡homo, memento!*

No, no es la suerte de los humanos culpa y castigo, miseria y dolo; si el cuerpo es presa de los gusanos, Dios de las almas es dueño solo:

*padre, ¡memento!*

Pobre y humilde fuistes un día, mártir, no prócer; pastor, no lobo; te hizo soberbio la tiranía; rico, el tributo del pueblo bobo; la fé tomaste por instrumento...

*padre, ¡memento!*

Muerto á la vida y á los placeres has mutilado de Dios la obra; rencor predicas, venganza quieres, y das al mundo lo que te sobra; otro Dios sueña mi pensamiento...

*padre, ¡memento!*

Dios no se compra; Dios no se vende; rómpase el velo que cubre el ara; Dios no es la fuerza que nos ofende, es, sí, la fuerza que nos ampara; cobija, á todos su firmamento...

*padre, ¡memento!*

La gran riqueza que gota á gota en vuestras arcas se fué apilando, sangre es del pueblo que sangre brota, no patrimonio de torpe bando; no hace á Dios falta ser opulento...

*padre, ¡memento!*

A toda herida bálsamo suave, consuelo dulce de toda pena, será la Iglesia cuando se lave del fanatismo que la envenena; la hora se acerca, sonar la sienta...

*Padre, ¡memento!*

M. DEL PALACIO.

Florença, 9 de Marzo de 1869.

## A TI TE LO DICO...

Y los sueños, sueños son.  
(Calderon de la Barca.)

¿Lo he visto ó lo he soñado? No puedo decirlo. Sueño me parece en ocasiones, realidad á veces; realidad ó sueño, debo confesar que me impresionó profundamente. No era para menos.

¿Dónde estaba yo? Lo ignoro. Veía una especie de tribunal compuesto de tres individuos, serios, estirados y *multí colores*, como sábios de paraninfo. A la derecha había una tribuna, nadie la ocupaba en aquel momento; veíanse á la izquierda jóvenes imberbes y venerables ancianos, mozaletes pálidos y robustos braceros formando un conjunto extraño de elementos heterogéneos; estos, al parecer, esperaban algo.

En frente del tribunal había tomado asiento, en medio de gran ruido y algazara no pequeña, una inmensa muchedumbre de hombres, mujeres y niños. Quise averiguar de qué se trataba; el presidente del tribunal agitó con violencia la campanilla, con que suspendió por el pronto mis investigaciones, y oí al susodicho presidente que—en medio del más profundo silencio—dijo....

Yo no sé lo que dijo, porque habló muy cerca de dos horas; pero sus no concisas razones me hicieron comprender que se trataba de unos exámenes públicos.

Los tres hombres serios eran el Jurado. Los hombres de la izquierda eran los examinandos. Los demás era público.

Y empezó el ejercicio. Y un joven de largas y no muy bien arregladas melenas, de naciente bigote y de viva mirada, ocupó la tribuna y gritó:

«Ciudadanos: yo soy un ciudadano, oídme con atención. No levanto mi voz contra el crimen, porque el crimen no se combate con discursos elocuentes, se combate con la muerte del criminal.»

El público aplaudía con todas sus fuerzas: entonces se oyó una voz que pronunció con gravedad estas palabras:

«Nuestro credo contiene la abolición de la pena de muerte: tú que predicas la muerte no crees lo que nosotros creemos: retírate ya.»

Un segundo orador subió precipitadamente á la tribuna, y después de una breve pausa en que pareció recoger sus ideas, *soltó la voz* á estas ó parecidas razones:

«Traición, á las armas, estamos vendidos, á las barricadas, á morir, á defender la patria que peligrá! ¡Sus, españoles, sus, la traición nos acecha, á ellos, á ellos! por consiguiente: ¡Viva el pueblo!»

¡Vivaaa! gritaba el pueblo que aplaudía á más y mejor.

«Tampoco eres de los nuestros, dijo entonces la misma voz; joven, nuestra religión, de apóstoles sensatos ha menester, no de locos, defensores que antes la desacreditan que la favorecen. No eres de los nuestros, no puedes serlo: estudia, estudia mucho y aprende que no con palabras huecas y altisonantes, sino con tacto exquisito y con prudencia suma deben hablar á las masas los que aspiran á dirigirlos: cosas distintas son, amigo mio, muy distintas, excitar el entusiasmo de la multitud y procurar al país tranquilidad y bienandanza: retírate ya.»

«Hermanos míos, exclamó un tercer orador, que había asaltado la tribuna: yo soy hijo del pueblo, yo soy hombre del trabajo. Ved mis manos callosas, vedlas, mirad mi rostro curtido, miradlo: y qué, ¿no hemos de odiar á esos ciudadanos que con sus manos delicadas y sus afeminados semblantes valen menos que nosotros? Odio á muerte á esa clase...»

El público aplaudía siempre.

Y la voz de antes interrumpió:

«Basta. Tú qué en nombre de la igualdad hablas de la desigualdad, tú que con la fraternidad por emblema predicas el odio hácia tus hermanos, no perteneces á nuestra comunión política. Nosotros creemos que tú, con las manos callosas y el rostro curtido, no vales menos como ciudadano que otro cualquiera; pero tampoco más. Los que olvidan esto, los que piensan lo contrario, no están con nosotros. Retírate.»

«No sé, vociferaba un nuevo orador de lengua barba y mirar atravesado, no sé si de mí dirá esa voz misteriosa que no pertenezco á su comunión política: ¿y qué me importa? Yo soy un hombre honrado y me he batido en cien ocasiones, y estoy dispuesto á batirme en otras ciento contra los enemigos de la libertad. (El público aplaudía.)

¿Y qué aguardamos ya? ¿Cómo no estamos en las barricadas? ¿Hemos de sufrir por más tiempo el ominoso yugo de los tiranos?

El país está con nosotros, y cuando no lo estuviera haríanle fuerza nuestros fusiles y nuestras bayonetas.

Ciudadanos, á la calle; ¡viva la república federal! «No, dijo la voz de siempre; la libertad que por la fuerza se impone no es tal libertad. Tú tampoco eres de los nuestros. En nuestra colectividad existe muy hondo, muy arraigado, muy profundo el amor al

país; por eso solo en último caso apelamos á las armas. Ese caso no ha llegado aun. Retírate.»

«Señores, ó ciudadanos, ó amigos míos, ó lo que vosotros queráis, que esto para mí es indiferente (dijo un nuevo predicador), téngome hoy y me he tenido siempre por republicano de veras: tales cosas oigo, y veo sin embargo que después de verlas y oírlas ignoro lo que soy.

Entiendo que estamos mal; pero, francamente, también entiendo que antes estábamos peor.

El Gobierno no lo hace del todo bien, no, por desgracia, y no he sido yo de los que menos veces se lo han dicho; pero es lo cierto que se han proclamado derechos de que habíamos olvidado ya hacer uso, y hasta alguno de que nunca habíamos usado.

«Sufragio universal,—digimos todos,—y veamos lo que quiere el país.»

Yo republicano he trabajado en pró de mis ideas.

Otro monárquico ha trabajado en pró de las suyas.

Imponer al país *por la fuerza* ideas que no entiendo ó desconoce por completo, sobre ser contrario á un compromiso contraído, sería absurdo.

¿Cuál debe ser nuestra conducta?

Para mí muy sencilla. Trabajar pacíficamente por el triunfo de nuestras ideas en tanto que podamos: libertad de imprenta, libertad de asociación, libertad de reunión, derecho de petición y sufragio; esas son nuestras armas, *esas las únicas* de que en mi concepto debemos usar hoy, y poco importa que la idea parezca tímida, que quien combatió á los reyes cuando estaban en el trono, y quien arrojó las iras de gobiernos tiránicos, tiene el derecho de ser tímido cuando, no de su persona sino del interés de la nación se trata.

¿Este camino es largo? Acaso lo sea; pero falta probar que el otro sería más corto.

Mucha prudencia, mucha calma, que acaso no están nuestros enemigos donde nosotros los buscamos, y no digo más.

El público no aplaudió.

La voz nada dijo.

Los jueces consultaron breves momentos entre sí, y el presidente terminó el acto diciendo:

«El jurado ha resuelto por unanimidad que los señores presentados á examen sean calificados del modo siguiente:

Dos locos.

Un pobre hombre.

Un mal intencionado.

Un republicano.

Nada más oí, nada más supe. ¿Habrá sido sueño?

A. SANCHEZ PEREZ.

## ¿SABE USTED ALGO?

El día de aquella sesión en que hubo mientes como puños y puños como mientes, andaban los diputados, como quien dice, levantados de cascos.

Se aseguraba que alguno de los ministros diría cosas estupendas.

Por más que las cosas estupendas no puedan ya extrañar á nadie, y á los diputados mucho menos, tal había sido lo que la noche anterior pasaba, que el que más y el que menos estaba mareado, y sin darse cuenta de nada.

Porque, después de una reunión de confianza, como la que los *mayorazgos* (diputados de la mayoría por otro nombre), tuvieron en el Senado, convengamos en que había motivos para que, quien más, quien menos, temiera que en un dos por tres, la minoría y la mayoría, cambiaran de puesto.

—¿Qué se anuncia para hoy? preguntaban los diputados en los pasillos.

—Dicen que va á hablar un personaje de la situación.

—Sobre...

—Sobre nosotros.

—¡Sobre mí no habla nadie! dijo un diputado susceptible.

—Quiero decir... sobre nuestra conducta.

—¡Ah! Ya.

—¿Y quién va á hablar?

—Vamos adentro y lo veremos.

—Vamos.

—Adentro, señores.

—¡Veremos qué viento corre!

Y fueron entrando.

Por fin la curiosidad de los impacientes quedó satisfecha.

Se levantó el general Prim á responder á Emilio Castelar, y dijo:

«Ya sabe la mayoría cuál es el rey que ha de venir á España.»

¡Lector, cuidado que esto es gordo!

¿Puede haber nada más gordo en el estado actual de la política?

La mayoría, al oír tal declaración, se quedó mortal.

De pálida que estaba, se puso lívida.

Y aquí empieza la parte cómica del asunto.

Mientras duró la sesión, los diputados de la mayoría hablaban en voz baja.

—¿Ha oído Vd. eso?



Estado sanitario: hé aquí las enfermedades que han reinado la última semana.

—Sí señor; dice que ya sabemos quién es el monarca futuro.  
 —¡Hombre, cuánto lo celebro!  
 —¿Pero, Vd. sabe algo?  
 —¿De qué?  
 —Del rey.  
 —No, yo no sé quién es; pero, cuando el general Prim ha dicho eso, debe estar enterado.  
 —¡Buena!  
 Este diálogo era entre progresistas.  
 Los demócratas también cuchicheaban.  
 —Pero hombre, ¿ha oído Vd...?  
 —Sí; ¿a quién se referirá?  
 —A nadie; eso es para ponernos en aprieto.  
 —Pero es el caso que yo no he elegido rey.  
 —Yo tampoco, pero me es igual.  
 —¡Ah! en ese caso...  
 Y al mismo tiempo los unionistas se decían sonriendo:  
 —¡Qué talento tiene!  
 —¡Uf!  
 —Todo lo sabe.  
 —¡Todo! ¡Hasta lo que uno ha pensado!  
 —¿Y por quién dirá...?  
 —¿Lo del rey?  
 —Sí.  
 —Por el nuestro; ¡eso es evidente!  
 —¿Luego él se ha decidido?  
 —¿Pues qué ha de hacer?  
 —Es natural.  
 —¡Qué talento tiene!  
 La sesión se acabó y los diputados salieron a la calle. Yo no sé cómo, lo que pasa en el Congreso se sabe en la calle inmediatamente.  
 Parece que hay gentes dedicadas a salir a contar a los transeúntes lo que está sucediendo en el salón de sesiones.  
 Al primer diputado que salió le asaltaron cuatro ó cinco personas.  
 —¡Eh!  
 —¡Amigo!  
 —¿Conque eso ya es cosa resuelta?  
 —¿Conque ya saben Vds. quién es el rey?  
 —¿Conque están Vds. de acuerdo?  
 —Sí, señores, dijo el diputado. Todos sabemos quién será el monarca.  
 —¿Quién? ¿Quién?  
 —Coburgo.  
 Aquella tarde varios diputados se fueron a paseo (y no hay que interpretar mal la frase.)

En la Castellana se vieron acosados por multitud de personas.  
 —¿Cómo anda eso?  
 —¿Se puede saber el nombre?  
 —¿Quién es el monarca?  
 Y uno de ellos, y dos, y tres, contestaban con gran seguridad:  
 —Montpensier.  
 Aquella misma noche, *La Correspondencia* y otros periódicos se felicitaban de que la mayoría estuviera de acuerdo.  
 Las agencias telegráficas hacían saber a la Europa esta importante noticia:  
 «Se sabe que la mayoría sabe quién será el rey futuro de España.»  
 El general Prim tiene mucho tacto político. Sabe más que todos los diputados juntos.  
 Estoy seguro de que el monarca será votado, y el general Prim y la mayoría dirán al día siguiente:  
 —¡Ah! ¿Pero es cierto que votamos ayer?  
 ¡Pues no sabíamos nada!

**LAS PROCESIONES.**

¡Somos felices! ¿Quién se atreverá a negarlo?  
 Las procesiones de Semana Santa van a celebrarse este año en Sevilla, Zaragoza y otros puntos, según anuncian algunos periódicos, con mayor ostentación, si cabe, que los demás años.  
 Si alguien hubiere llegado a pensar que el mero hecho de haber declarado la libertad de cultos implicaba la supresión de todo culto externo, debe desecharse sus ilusiones como se desecha una mala pesadilla.  
 ¡Alegraos, ciudadanos noveleros! que vosotros dareis pábulo a ese instinto humano que se llama curiosidad.  
 ¡Regocijaos, codiciosos del bolsillo ajeno! tendreis nuevas ocasiones de ejercitar la destreza de vuestras manos.  
 ¡Batid palmas, jóvenes elegantes! vosotras podreis desplegar todo el atractivo de vuestras coqueterías, y lucir vuestra más preciosa falda en la *carrera* (*honní soit qui mal y pense*) de la procesión.  
 Es verdad que la lógica revolucionaria sufrirá otro descalabro; pero, ¿qué importa una infracción más ó menos en esta España, que ya hace algunos años

calificó tan gráficamente *Fray Gerundio*, de país de los *vice-versas*?  
 Tengan en buen hora en otras poblaciones que gozan hace mucho tiempo de libertad de cultos, el lamentable criterio de no verificar manifestaciones religiosas fuera de los templos destinados al efecto, con el inocente fin de no herir susceptibilidades, ni provocar escisiones entre individuos que profesan distintas creencias.  
 Nosotros, puestos ya en *rail* del perfeccionamiento, no hemos de ser tan plagiarios que vayamos a copiar lo que la experiencia y el buen sentido de las demás naciones nos enseña.  
 Cada pueblo tiene su modo de ver las cosas característico; y esto, ya lo observó en su tiempo el gran razonador Pascal, cuando dijo, que unos cuantos grados de latitud sobre el meridiano bastaban para cambiar totalmente el sentido moral de los pueblos.  
 Nuestro modo de ser especial es el movimiento, la animación; todo aquello, en fin, que tienda a agruparnos en un mismo sitio, y que deleite nuestros sentidos; ya se trate de la entrada de un general, de una revista de tropas, de una corrida de toros ó de una procesión, ó de un entierro.  
 Verdaderamente, no podemos menos de bendecir a la Providencia que tales inclinaciones nos ha dado.  
 ¿Qué sería de la religion sin las exterioridades ó *mise en scène*, como dicen los franceses? Alma sin cuerpo, concepto sin frase.  
 Es verdad que Jesús no instituyó las procesiones; cierto es que los preceptos morales de la religion cristiana solo se dirigen a perfeccionar el espíritu; pero esto no obsta para que procuremos al mismo tiempo algun esparcimiento agradable a los sentidos.  
 ¿Quién no se duerme ante la perspectiva de la moral pura? Buscadme en estos tiempos, aunque sea con la linterna de Diógenes, un hombre capaz de oír sin bostezar los discursos de Platon sobre la inmortalidad del alma, el sermón de la montaña de Jesús, ó las homilias de Bossuet.  
 Pero si dais al cuadro su correspondiente colorido; si revestís al intérprete de la religion con vestimentas especiales; si haceis penetrar esa misma religion hasta el alma de los fieles, por medio de imágenes que impresionen el sentido de la vista; si añadís a todo esto, inciensos, luces, cantos, campanas, etcétera, entonces ya es otra cosa; la religion tiene su

atractivo, y á buen seguro que no faltarán concurrentes al espectáculo.

Ello podrá parecerse algo á las prácticas del paganismo, pero como todo es relativo en el mundo, hé aquí por dónde las procesiones se convertirán para nosotros en un vasto arsenal de procedimientos mnemotécnicos, que nos auxiliarán para hacer estudios críticos sobre historia antigua, geografía y costumbres.

¿Cómo no compadecemos, por ejemplo, de la candidez de los historiadores romanos, que aseguran haberse oído en las orillas del Tiber, durante los primeros años del Cristianismo, voces sobrenaturales que gritaban: «el Dios Pan ha muerto» al ver que el Dios Pan, ó el paganismo, que es igual, aun vive entre nosotros?

De igual manera nuestra imaginación tomará vuelo y se representará las prácticas religiosas de algunas tribus de América, viendo, para honra nuestra, la *inmensa* diferencia que distingue al fetichismo de estas de nuestro catolicismo.

Algunos pueblos atrasados tienen todavía la puerilidad de tomar por lo serio la parte decorativa de su culto. Ahí están los chinos. Leed en cualquier libro de viajes las páginas referentes al celeste imperio, y vereis que aquellos bárbaros fumadores de opio, se postran servilmente en el sitio por donde pasa el mikado, que es un jefe supremo civil y religioso, y besan la tierra con un fanatismo digno de mejor causa.

No es ciertamente por escaso de celo por lo que nosotros pecamos.

¡Algun efecto ha de habernos producido una educación religiosa de tantos siglos!

Queremos conservar las procesiones, sí; pero no es por que creamos en su eficacia.

La tradición, la historia, la costumbre, todo eso entra por mucho en su conservación, y además el negocio que hacen algunos pueblos, para quienes las procesiones son como una feria.

¿Quién no conoce lo anacrónico de las corridas de toros? ¿Y las corridas de toros se suprimen?

Examinad á un asistente á las procesiones, en los pequeños sacrificios que estas imponen. Ved cómo se resiste á quitarse el sombrero al paso de las imágenes, si por casualidad sopla el aire un poco frío; y observad con qué vacilación hinca la rodilla en tierra si aquel mismo día ha estrenado un pantalón.

¿Y de esto, qué se deduce? me preguntareis. ¿Que las procesiones son inútiles? ¿Que deben suprimirse?

Iba ya á contestaros formalmente que sí, pero recordando el anuncio de los susodichos periódicos, no puedo menos de exclamar como cierto personaje de zarzuela:

¡Siga su curso la procesion!

PEDRO BOFILL.

## CABOS SUELTOS

El clero se niega á que haya procesion esta Semana Santa, porque el Ayuntamiento no le da los 14,000 rs. que le daba otros años.

Detrás de los curas siempre hay una cuestión de dinero.

A mí, que no me gustan las procesiones más que dentro de la iglesia, me tiene muy tranquilo este asunto.

Con que cuatro católicos fervientes y ricos (se dan casos) se reúnan y apronten los 14,000 rs., ya tienen procesion.

De esta manera la pagarán los que la quieren, que son los que deben pagar esos lujos.

Sin condenarlo, sin extrañarlo siquiera, nos da *La Reforma* la noticia de que ha sido convocado un batallón de la milicia, con objeto de que pida á las Cortes la elección del rey portugués.

¿A dónde vamos á parar por este camino? ¿También la fuerza pública va á mezclarse en esto?

¿Qué sucedería entonces si los regimientos empezaran á pedir la proclamación de este ó el otro rey? ¿Qué intemperancia de escribir!

¡Qué insensatez hasta en los que parecen más sensatos!

He visto en las esquinas un papelito, en el cual varios representantes de la juventud declaran que si las Cortes no decretan que el ciudadano tenga voto á los veinte años, la juventud no reconocerá los acuerdos de las Cortes.

También esto me parece exagerado; y lo que es peor, ilegal.

Francoamente, si empezamos con tonterías, esto se lo puede llevar el demonio.

Yo opino como Emilio Castelar, que todos debemos acatar lo que las Cortes determinen.

Y aseguro como Figueroa, que lo acataré.

Porque sino, ¿para qué hemos pedido Cortes Constituyentes?

Cualquiera que lea *La Regeneración*, se creará que los carlistas son unos pobrecitos sugetos que no quieren meterse con nadie.

No pasa día sin que publique el periódico neo un artículo, suplicando á los carlistas que se estén quietos en sus casas y que no empuñen las armas.

Vamos, que si uno no supiera que esto es valor entendido, tendría uno que darle un abrazo al primer cura que se encontrara por la calle.

Dicen que los arzobispos diputados tienen muy buen humor, porque creen que lo de la libertad de cultos, se quedará en agua de cerrajas.

Pues le digo á Vd. que con esta noticia, y con las que nos ha dado el ministro de Gracia y Justicia sobre el matrimonio civil, estamos frescos.

Señor, ¿hasta cuándo tendremos miedo en España á las reformas?

O mejor dicho, ¿hasta cuándo tendrán miedo los ministros?

Yo creo que los arzobispos le han dicho á Romero Ortiz:

— ¡Mucho cuidado con lo que se hace, porque se va Vd. á condenar!

¡Y es claro! Ante una amenaza de esta clase, el Sr. Romero Ortiz ha temblado.

¡Porque eso es terrible!

Existe un rey viudo que sería un monarca *pistonudo*: está dice el *corredo*, más yo por lo que es cuenta no lo *credo*.

Los desórdenes están á la orden del día. No estoy conforme.

Me parece que por el camino del desorden se va uno derecho á la venta de la tiranía.

Con seis meses de desorden nada más, llegaríamos á conseguir la vuelta de aquella señora.

La minoría republicana ha estado dignísima con motivo de los desórdenes ocurridos en estos últimos días.

GIL BLAS opina lo mismo que la minoría republicana. ¡Nada de barullos!

Es preciso que el pueblo se convenza de que los pueblos más libres de la tierra, son los más juiciosos.

No se puede ser libre siendo discolo.

La libertad, aunque parezca esto una cosa rara, es una cuestión de educación.

Los pueblos bien educados son los que mejor practican la libertad.

Por eso los españoles no lograrán jamás tener libertad completa, mientras no tengan educación completa.

Por eso nosotros creemos que hacen más falta los libros que los fusiles.

Me va chocando lo que pasa en España, y sobre todo en Andalucía desde setiembre último.

Por la menor cosita, barricadas.

No es eso, caballeros, no es eso.

Hay mil medios de pedir justicia.

Hay el medio de la manifestación pacífica.

Hay el medio de la exposición por escrito.

Y sobre todo, ¿no tiene cada provincia dos ó tres diputados que toman asiento en las Constituyentes?

Esos diputados son los que representan á las provincias.

Por consiguiente, á ellos corresponde tomar la iniciativa.

Esto es claro como la luz del día.

¿Y qué me cuentan Vds. del alcalde de Parla que, según dicen, prohíbe á los vecinos discurrir por las calles con guitarra desde las diez de la noche?

Y hay quien afirma que hasta interpone su autoridad para que unos vecinos no se reúnan á cenar en casa de otros. Cartas he visto en que afirman que este señor alcalde se presentó en una casa del pueblo con el fin de interrumpir una cena amistosa.

Esto parece increíble; pero si es exacto, yo no sé á quién admirar más, si al alcalde que tales cosas hace, ó al vecindario que las tolera.

¡Lo que son las cosas! Quisiera yo que se cumplieran las profecías de Aparici. Según éste, el niño *terso* ha dicho que como ha nacido rey, tiene la obligación de salvar á España ó morir por ella.

Cualquiera de las dos cosas aplaudiría yo.

¡Que nos salve, si señor! ¡Pero que si no nos salva, se muera!

¡Ay, lo peor es que ni nos salvará, ni se morirá!

También dice el susodicho niño, que si él muere, está ahí su hermano para recoger la corona ensangrentada.

¿El hermano? Esta familia no se acaba nunca. ¡Qué bromas se permite el Todopoderoso!

Hé nos aquí á diez y seis millones de españoles

condenados á tener un amo que no conocemos, solo porque sus padres tuvieron caprichos amorosos.

Qué bien dice el refrán, que por un gustazo suele venir un trancazo.

El niño *terso* ó el niño *de la bola*, desearía ser general de caballería si no hubiera nacido rey.

¡Malditos inconvenientes!

¡General de caballería, y se cae solo con hacer un saludo!

Ayer tarde en el entierro, iban varios chiquitines vestidos de nacionales....

¿por qué no de volatines?

«La Revolución (debió añadir, gloriosa), de Setiembre no ha dejado en pie nada de lo que antes habia;» decía el Sr. Rodríguez (D. Gabriel) en el Congreso.

Es verdad, porque lo que no se ha abolido ó destruido es cosa de poco más ó menos, como

Las quintas y matrículas de mar,

La organización irracional del ejército,

La pena de muerte,

El estanco de la sal y tabaco,

La lotería,

La centralización administrativa,

La organización absurda de nuestros tribunales,

Las leyes de procedimientos,

El impuesto sobre sucesiones,

El impuesto sobre traslaciones de dominio,

El repugnante consorcio de la Iglesia y el Estado, etc., etc., etc.

También en la Exposición aragonesa ha alcanzado su correspondiente premio, como en las de París y Londres, el primer actor en calzado, Sr. Reynaldo.

Me alegro mucho, porque me vuelven á mí loco esas botitas de señora que veo en su escaparate.

Continúan algunos periódicos predicando el desmoche de cabezas.

Esa manera de pedir un descabezamiento general, tiene algunos inconvenientes y algunas ventajas.

El inconveniente es que nadie nos crea cuando nos pongamos de veras serios.

Y la ventaja es que la industria puede sacar partido de ello.

*Venci gratia.*

Un día puede aparecer en *La Correspondencia* este anuncio:

«Acaba de llegar á esta capital Mr. Guillotiné, inventor de un aparato para cortar las cabezas sin dolor. El zapatero del portal dará razon.»

Otro anuncio:

IGRAN MEETING DE PELUQUEROS Y SOMBREREROS!

PARA EL DIA 9 A LAS 12

EN EL SALON DEL PRADO.

Se suplica á todos los peluqueros, barberos y sombrereros de Madrid y las afueras, que concurran á la gran manifestación que se prepara con objeto de pedir al Gobierno suspenda el libre-cambio conocido por el *Descabezamiento general español*, y se proteja el trabajo nacional, que ni siquiera vive de gorra.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Ateneo.*

CHARADA.

Si mi *prima* con *tercera* es la gerga de gitanos, ¿por qué razon el Gobierno quiere el *todo* regalarnos?

La charada es muy sencilla, la solución sale al paso; pero temo que mi todo venga á concluir á palos.

(La solución en el próximo número).

Correspondencia de GIL BLAS.

D. T. A. R. (Cazadores de Barbasro).—Escribimos á nuestro corresponsal, el librero Sr. Moya, para que entregue á Vd. los 25 reales. Pase Vd. á cobrarlos.

RECOMENDAMOS AL PÚBLICO

LA ACREDITADA DENTISTA D.<sup>a</sup> POLONIA SANZ,

la cual se ha trasladado desde la calle Mayor á la del Arenal, 8, pral.—7